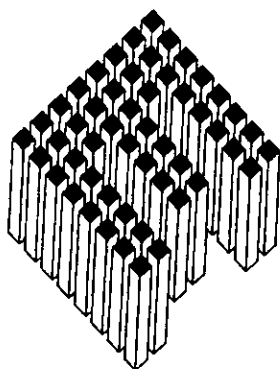


La comunicación en contextos de desarrollo:

Balances y perspectivas*

JOSÉ MIGUEL PEREIRA G.
JORGE IVÁN BONILLA V.
JULIO EDUARDO BENAVIDES C.**

Introducción



El presente trabajo es una revisión documental sobre el campo conceptual de lo que tradicionalmente se ha definido con el nombre de *Comunicación para el desarrollo*. Se trata de la primera parte de un estudio más amplio, adelantando por la Pontificia Universidad Javeriana y el Ministerio de Comunicaciones de Colombia, cuyo objetivo principal fue la elaboración de un diagnóstico sobre el papel que ha desempeñado la comunicación en los programas del Estado colombiano, representado en el Ministerio de Comunicaciones y en los Planes Nacionales de Desarrollo de las tres últimas décadas, dirigidos a generar y concertar procesos de desarrollo democrático y participativo en el país.

El propósito de este trabajo es, por tanto, intentar elaborar un esquema de clasificación de los paradigmas comunicacionales que, desde la década de los años cincuenta hasta nuestros días, han entrado en una estrecha relación con los modelos de desarrollo que los sustentan. Presentaremos sus momentos y contextos de aparición, así como las consecuencias más directas que las distintas concepciones de la sociedad han producido sobre los vínculos entre comunicación y

* Este informe hace parte de la primera etapa del proyecto *Comunicación para el desarrollo en Colombia: elementos para el diseño de políticas de comunicación*, realizado por el Departamento de Comunicación durante 1997, para la Dirección de Comunicación Social del Ministerio de Comunicaciones.

** Profesores de planta del Departamento de Comunicación de la Pontificia Universidad Javeriana.

desarrollo. Finalmente, el estudio plantea algunos escenarios de reflexión que están ganando presencia en las actuales perspectivas de la *Comunicación para el desarrollo*.

Este es pues, un documento que hace parte de la etapa inicial de una investigación que deberá abordar y articular, en dos momentos siguientes del estudio, los diversos agentes, escenarios y procesos que hoy en día configuran el 'sistema comunicacional' local, regional y nacional del país, tanto en cuestiones tecnológicas y de infraestructura física, como en términos de legislación de las comunicaciones, políticas de comunicación, descentralización administrativa, desarrollo cultural, autogestión comunitaria y participación ciudadana, cuyos marcos de acción se encuentran delineados en la Constitución Política colombiana de 1991.

Comunicación y Desarrollo: Los itinerarios del debate

En la joven, pero no menos intensa, historia moderna de la comunicación existen conceptos que adquieren el carácter de mapa. A primera vista son sólo trazos que dibujan —o dibujaron— el itinerario de una época, pero si los observamos con atención, encontramos que allí aparecen demarcados los debates más candentes por la definición y redefinición de los límites y las posibilidades mismas de la comunicación. Según Raymond Williams¹, a partir de estos conceptos «es posible reconsiderar los cambios más vastos de la vida y del pensamiento, a los que se refieren las transformaciones del lenguaje». *Comunicación para el desarrollo* es, justamente, una de esas expresiones que operan como mapa: su uso sirve, ya sea para designar aquella utopía modernizadora que, en nuestros países, le ha encomendado a la comunicación la tarea integradora de la sociedad y la difusión de actitudes modernas para salir del atraso, como también para señalar las acciones —y las luchas— de diversos sectores de la sociedad por democratizar el acceso a los medios de comunicación y por ampliar el derecho la libertad de expresión pública y la participación ciudadana.

Comunicación para el desarrollo es, a su vez, un concepto que está estrechamente vinculado a una vieja pero renovada discusión sobre la modernidad en la región latinoamericana: ¿cómo conjugar el crecimiento económico con la democracia política y la equidad social? Se trata, por cierto, de un debate vital que

durante décadas han experimentado, de manera variada, nuestras sociedades bajo el impulso planificador de las estrategias de desarrollo, las utopías de cambio y los sueños de progreso, en cuyo vértice siempre han deslumbrado las promesas de una vida mejor. Aún hoy, y desde hace muchos años, es frecuente escuchar a jefes de Estado, políticos, planificadores e intelectuales afirmar que la experiencia de vivir la modernidad en América Latina pasa por una «*inaplazable modernización de nuestros valores, identidades, instituciones políticas y económicas*» como camino para «*salir del subdesarrollo en que nos encontramos*». Y si en todos estos años las acciones modernizadoras han sido generosas, también lo son sus contradicciones, con sus fracasos y promesas inconclusas. La palabra clave pareciera ser la crisis, y el desencanto, su conjugación.

Cabría entonces preguntar: ¿no son acaso las múltiples dinámicas políticas, económicas y culturales de unas sociedades que han buscado —y aún buscan— ser modernas lo que ha dado forma y rostro a un sueño siempre otorgado a la comunicación: aportar en los procesos de transformación de la sociedad, bien sea en clave de desarrollo, cambio social, participación ciudadana o democracia plena? En efecto, desde su inserción institucional a los programas de gobierno y de gestión social, a finales de la década de los años cincuenta, la comunicación se ha considerado como un 'socio natural' de las acciones y promesas desarrollistas, liberadoras o democratizadoras emprendidas por los Estados y/o sectores de la sociedad en procura de afirmar y fortalecer una *esfera pública moderna*², capaz de integrar a una población tan heterogénea como la latinoamericana en torno, no sólo a un mercado económico nacional, sino a un núcleo compartido de valores que promuevan tanto el acceso igualitario al bienestar social como la presencia activa de una(as) cultura(s) nacional(es) en los procesos de desarrollo.

De este modo, lo que se suele denominar como *Comunicación para el desarrollo* es el mapa de un doble recorrido. En primer lugar, apunta a la acción modernizadora, emprendida por los Estados latinoamericanos para integrar y cohesionar a los diversos sectores de la sociedad en los grandes cambios que produce el desarrollo industrial y tecnológico, sobre todo, a partir de la mitad del siglo XX. Esto, con el propósito de que la transición de

¹ Raymond Williams, citado por BELL, Daniel. *Modernidad y sociedad de masas: variedad de las experiencias culturales*. En VV.AA. *Industria cultural y sociedad de masas*. Caracas: Monte ÁVILA, 1979. p. 11.

² Esta expresión la tomamos de algunos trabajos de índole político y cultural que evalúan el impacto del proceso de modernización económica y de modernidad política en la constitución de una *esfera pública moderna* en los distintos países de la región. Véase, por ejemplo, a BRUNNER, José Joaquín. *Un Espejo trizado. Ensayos sobre cultura y políticas culturales*. Santiago de Chile: Flacso, 1988. WHITE, Robert. *Análisis cultural en la comunicación para el desarrollo*. En Revista *Diálogos de la Comunicación*, No 34. Lima, septiembre de 1992. pp. 38-57.

una sociedad tradicional a una sociedad moderna se lleve a cabo armónica e institucionalmente, es decir, como una 'revolución pacífica', con capacidad de generar prosperidad económica y estabilidad política a las naciones marginadas de los beneficios del progreso. En este sentido, la comunicación se erige como una variable dependiente del cambio social pero, sobre todo, pasa a convertirse en sinónimo de la integración nacional que ha de llegar de la mano del desarrollo modernizador. En otras palabras, la comunicación se convierte en una instancia necesaria para la construcción de una red de públicos nacionales, y ésto a partir de dos funciones básicas: una de infraestructura técnica y la otra de difusión de actitudes modernas.

Desde una función técnica, la comunicación ha desempeñado un papel protagónico en la creación de una infraestructura física de comunicaciones —carreteras, ferrocarriles, puertos, sistemas telefónicos, informáticos, de radiodifusión, televisión e impresos— dirigida a hacer viable los programas de transición económica al capitalismo, esto es, de modernización industrial, constitución de mercados internos y transferencia tecnológica. De otro lado, desde una tarea difusora, la comunicación se ha orientado a conquistar, bajo la conducción de expertos internacionales, las mentes y los corazones de los hombres y las mujeres del Tercer Mundo, en torno a un discurso universal de valores modernos sobre la familia, el control de la natalidad, la explosión demográfica, la educación, la salud, el sector agrario, la tecnología y la cultura. ¿Y esto con qué propósito? Con el fin de levantar, desde allí, las bases institucionales de una esfera pública nacional y de unos públicos nacionales que, superando el atraso y la resistencia al cambio cultural, le ofrezcan la bienvenida al progreso y al desarrollo moderno de la sociedad.

En segundo lugar, la *comunicación para el desarrollo* señala una serie de luchas sociales, políticas y culturales que han demarcado el itinerario de lo que somos y deseamos ser. El propósito de estas luchas ha sido democratizar el sistema comunicativo que se erige como hegemónico en estos países, así como participar en las reconfiguraciones mismas de nuestra modernidad. De una modernidad heterogénea, cuyo reto no sólo consiste en incorporarse al ideario ilustrado que nos obliga a ser, por fin, modernos, sino también en ajustar la experiencia de la modernidad a condiciones 'periféricas' de existencia en las que conviven memorias históricas e identidades culturales con la razón universal, la técnica y el progreso. Condiciones en las que, siguiendo a José Joaquín Brunner³, coexisten como en un *collage*, la religión católica con

las ideologías terapéuticas, el aura luminosa de las obras clásicas y la educación formal con la escritura en serie y las imágenes pasajeras de la televisión, las costumbres milenarias heredadas de la tradición con la homogeneización de los estilos de vida producidos por la industria cultural.

Los protagonistas de esta relación entre la comunicación y el desarrollo han sido diversos: obreros, campesinos, indígenas, mujeres, intelectuales, artistas, asociaciones cristianas de base y, más recientemente, movimientos sociales que reivindican el derecho a la vida, la ecología, la autonomía local y regional, entre otros. Sujetos estos que se identifican, en mayor o menor medida, con una noción de modernización de la esfera pública nacional que no se agote en el desarrollo económico, medido esencialmente por el producto interno bruto *per cápita*, sino que implique una ampliación de la ciudadanía desde el reconocimiento político/cultural a las justas diferencias y la igualdad en el derecho a la expresión pública que tienen las diferentes 'voces' que forman parte de una democracia.

Se trata de una dimensión comunicacional inscrita en una perspectiva política y cultural del desarrollo, nacida tanto en foros internacionales (la Unesco, por ejemplo), como en experiencias comunitarias que han buscado fortalecer la participación activa de la sociedad civil en la toma de decisiones que afectan su vida diaria. Aquí también, aunque de otra manera, la comunicación se considera como una variable dependiente del cambio social, cuya función es; de acuerdo con buena parte de la bibliografía producida bajo los títulos del denunciismo, el alternativismo, la identidad nacional, la vida cotidiana o las políticas nacionales de comunicación, desencadenar o participar en las transformaciones de la sociedad.

No resulta extraño entonces que en el momento de definir el papel del campo comunicativo, ya sea en los programas modernizadores de las estructuras económicas, en las estrategias de integración/cohesión local, regional y nacional de nuestras sociedades o en las acciones de participación democrática en los asuntos de interés común, la comunicación se considere como un agente endógeno a los distintos procesos de desarrollo, cambio social y democracia. De ahí que hoy resulte un lugar común repetir aquellas expresiones que, a pesar de los años, aún conservan toda su carga política e ideológica: «*sin comunicación no hay desarrollo*», «*la comunicación es el motor del desarrollo nacional*» o, más recientemente, es «*la sangre de la democracia*». Y, por supuesto, tampoco es extraño que sean diversos los actores económicos, políticos y culturales quienes igualmente resuelvan la relación entre comunicación y desarrollo acudiendo a ese antiguo, pero siempre renovado y problemático conceptomapa, llamado *Comunicación para el desarrollo*.

³ BRUNNER, José Joaquín. *América Latina: cultura y modernidad*. México: Grijalbo, 1992. pp. 73-119.

A la hora de los balances, es preciso decir que buena parte de las energías de los planificadores, estrategas, promotores o militantes en asuntos de comunicación se han dirigido, por tanto, a discutir cuál es la fórmula adecuada para que ese papel de 'agente transformador' se ejecute de la mejor manera posible. Sin percatarse, en muchos casos y experiencias, hasta qué punto el desarrollo, la acción liberadora de la vida cotidiana o la democracia no se fabrican de acuerdo con un diseño de técnicas y dinámicas inteligentes de comunicación, sino que atraviesa y crece en los más variados espacios sociales, económicos, políticos y culturales en los que se realiza y se reconoce la diversidad —y la igualdad— de sus protagonistas. En este sentido, ha sido la misma realidad heterogénea y desigual de nuestras sociedades la que viene obligando a pensar la comunicación como un

«campo estratégico desde donde pensar los bloqueos y las contradicciones que dinamizan estas 'sociedades-encrucijada', a medio camino entre un subdesarrollo acelerado y una modernización compulsiva»⁴.

En este orden de ideas, es necesario afirmar que, a lo largo de estos cuarenta años de vida en la región latinoamericana, la *Comunicación para el desarrollo* ha señalado una perspectiva de investigación y acción que no escapa a un uso siempre intencional de lo que, desde las diferentes orillas de la discusión, se piensa que es la comunicación. Ésta ha crecido allí donde existe una nación que sueña modernizarse o democratizarse, lo cual, en alguna medida, también ha contribuido a alimentar esa doble concepción 'mítica' que las sociedades modernas tienen de la comunicación: o bien aquella que considera que 'todo es comunicación', atribuyéndole el poder social de construir las zonas más neurálgicas de la sociedad⁵ (la persuasión, la alienación, la liberación, la democracia, las conductas, los comportamientos), o bien aquella otra que reduce la comunicación al simple 'hecho tecnológico'⁶, es decir, a un conjunto de técnicas orientadas a la transmisión/difusión de los acontecimientos sociales que suceden; ésto es, a la codificación y decodificación de mensajes, en cuyo 'éxito', estaría asegurada *per se* la capacidad transformadora de la sociedad.

Concepciones que, por cierto, hoy demuestran resultados bien contradictorios cuando de realizar balances se trata. Pues ni la seguridad del 'mito tecnológico', basado en la difusión de innovaciones modernas para superar el atraso de la población latinoamericana, y en el cual la comunicación se ha utilizado como el motor de la modernización nacional, ni las certezas de una *pan-comunicación*, apoyada en la esperanza liberadora y en el cambio de conciencia política e ideológica de los sectores populares, han podido superar las incertidumbres de las mayorías latinoamericanas, agobiadas entre el pragmatismo de los 'ajustes' que impone la macroeconomía, el cinismo de quienes gritan —a todo pulmón— que ya vivimos en la era del futuro, la corrupción de los sectores gobernantes y las penosas realidades que señalan la creciente destrucción del medio ambiente y el preocupante aumento de la violencia y la inequidad social.

Seguridades y certezas que tampoco han podido escapar a las demandas de unas sociedades cansadas de desarrollismos económicos y autoritarismos políticos. Sociedades que, a punto de pasar al próximo milenio, reclaman instituciones políticas modernas y otras maneras del ejercicio democrático que confluyan, como en el caso de Colombia, en escenarios de expresión no violenta de los conflictos y de los sectores antagónicos, ésto es, en la construcción de espacios ciudadanos vitales para lograr consensos y nuevos procesos de gestión pública en la sociedad.

Dígame lo que se diga, no fue precisamente la realidad la que se modificó al ritmo de estos mitos comunicacionales sino que, más bien, han debido ser los propios enfoques sobre el cambio social, la comunicación y el desarrollo los que han tenido que renovarse y hacerse cargo de acontecimientos no previstos, ni deseados, por nuestras concepciones tradicionales de la sociedad.

Y si bien es cierto que se han derrumbado viejos valores de la *Comunicación para el desarrollo*, también es verdad que las antiguas —y presentes— necesidades que le han permitido a ésta su presencia en nuestras realidades, continúan generando preguntas que resolver.

De este intenso recorrido es que está hecho el presente trabajo diagnóstico. Y si hasta el momento no hemos aludido a la particularidad específica de Colombia, no es por un olvido involuntario, sino porque consideramos que nuestro país comparte, desde sus diferencias y matices, una realidad común a partir de la cual se ha configurado en la región latinoamericana ese concepto-mapa, denominado *Comunicación para el desarrollo*.

⁴ MARTÍN BARBERO, Jesús. *De los Medios a las Mediaciones*. México: Gustavo Gili, 1987. p. 203.

⁵ Un balance sobre esta concepción de la comunicación en CALETTI, Rubén Sergio. *Comunicación, cambio social y democracia: ocho años después*. En: ESTEINOU, Javier (Ed.). *Comunicación y Democracia*. México: Coneicc, 1992. p. 65.

⁶ Para una ampliación de este concepto, véase a MATTELART, Armand. *La comunicación-mundo. Historia de las ideas y de las estrategias*. Madrid: Fundesco, 1993.

El desarrollismo modernizador.

La euforia de la comunicación como 'difusión'

En América Latina pueden perfilarse dos grandes momentos en su experiencia de modernidad: el primero es aquel que se inicia en la segunda mitad del siglo XIX, bajo el ideario del progreso como 'civilización', que consiste en constituir naciones modernas y en adaptar los valores universales de la democracia occidental y la economía liberal a las realidades propias de estos países. El segundo momento es el que, arrancando firmemente en la década de los cincuenta, que son los años del comienzo de la guerra fría, inaugura aquella utopía modernizadora, según la cual ser naciones modernas significa ser naciones 'desarrolladas'⁷.

Así pues, el desarrollo aparece como un concepto unificador en el lenguaje de las relaciones internacionales después de la Segunda Guerra Mundial. Si en el siglo XIX la noción clave para identificar los beneficios de la civilización fue el progreso, es a partir de la segunda mitad del presente siglo donde el concepto de 'desarrollo' adquiere protagonismo para señalar los programas de gestión gubernamental y empresarial dirigidos hacia la planificación del cambio. Como tal, la expresión nació en la *Casa Blanca* y pasó a generalizarse gracias a un discurso pronunciado en 1949 por el entonces presidente de los Estados Unidos, Harry S. Truman, titulado *Punto Cuatro*. Este programa, nos recuerda Armand Mattelart⁸, «tenía por objetivo movilizar las energías y la opinión pública en torno a los grandes desequilibrios sociales que amenazaban con abrirle el paso al comunismo mundial». Y con esto, «la ideología del progreso se metamorfoseaba en ideología del desarrollo», para lo cual «la comunicación y sus técnicas estaban llamadas a ocupar un puesto de vanguardia».

El desarrollo, definido como un proceso de extensión de modernas técnicas, capacidades y organización social, irradiado desde las sociedades industrializadas hacia los centros urbanos en los países periféricos, y de estas áreas a las atrasadas zonas rurales, implicó para los estrategas de la modernización una esperanza creciente en la capacidad reguladora de las contradicciones y desigualdades sociales que la transición económica al capitalismo produciría en nuestras sociedades. Ésto por cuenta de la ampliación de los mercados económicos nacionales, la apropiación de los principios racionales de la modernidad y la difusión de los bienes simbólicos de la educación y la cultura. No de otra manera se entiende el sentido de ciertos programas de gestión gubernamental que, como la *Alianza para el Progreso*, significó para el

despegue, en el inicio de los años sesenta, de las economías y teorías desarrollistas en América Latina.

Es en este contexto en el que el desarrollo se homologará a la modernización, es decir, al conjunto de transformaciones sociales, culturales y científicas que se dan como expresión de los grandes cambios que produce el desarrollo industrial y tecnológico. Desde este punto de vista, la tarea consistirá en emprender la transición a la modernización en los países rezagados o, como desde entonces se les denomina, 'subdesarrollados', con el fin de que éstos superen sus etapas estructurales y mentales de atraso, y se incorporen, más temprano que tarde, a las 'fases institucionales' de la integración nacional, el crecimiento económico y sus principios reguladores de la eficiencia y la efectividad.

De este modo, la modernización de la sociedad será entendida, según Everett Rogers⁹, uno de sus máximos exponentes, como «el proceso mediante el cual los individuos modifican un estilo de vivir, aumentando su complejidad e inclinándose por los adelantos de la tecnología y los cambios rápidos». Mientras que el desarrollo se asumirá como

«un tipo de cambio social en el que se introducen nuevas ideas en un sistema, con el fin de producir elevaciones en los ingresos *per cápita* y mejores niveles de vida, por medio de métodos de producción más modernos y mejoras en la organización social».

El desarrollo será equivalente entonces a progreso, crecimiento, bienestar, avance y prosperidad, en cuyo centro se encuentra la necesidad imperiosa de aumentar la productividad por habitante y obtener acumulación de capitales para elevar el bienestar del grueso de la población.

'Modernizarse' significó, en esta perspectiva, superar un 'estadio-estado arcaico', para hacer posible que los procesos de producción, circulación y consumo de bienes, adquirieran un ritmo acorde al que los mercados internacionales imponían. Para llegar, había que recorrer un camino ya trazado, un camino lineal, conformado por etapas sucesivas de crecimiento que van de lo tradicional a lo moderno, y ante las cuales la expresión preferida era la 'adaptación'. Así las cosas, las teorías de la modernización se encargaron de difundir el modelo de explicación causal de dicho proceso, es decir, que la industrialización y el crecimiento económico garantizarían, a través de etapas de despegue y de madurez, las condiciones necesarias para el desarrollo y el

⁷ MARTÍN BARBERO, Jesús. Op. Cit. p. 193.

⁸ MATTELART, Armand. Op. Cit. p. 176.

⁹ Everett Rogers, citado por MATTELART, Armand. Ibid. p. 188.

afianzamiento de las instituciones democráticas. Modelo que, según uno de sus creadores, Daniel Lerner¹⁰, se podía «encontrar en cualquier sociedad en vías de modernización, en todos los continentes, con independencia de las diferencias de raza, de color o de credo».

¿Y que significaría en el contexto latinoamericano adaptar patrones de comportamiento modernos, originados en los centros de decisión capitalista más avanzados, capaces incluso de modelar las demandas y las aspiraciones más sentidas de la población? Ante todo, implicaría el cambio de mentalidades tradicionales, así como la internalización de racionalidades, básicamente técnico-económicas, que venían desde afuera. Una vez apropiadas, se suponía que éstas conformarían valores, motivaciones y comportamientos orientados hacia la competitividad económica y la participación política, garantizando así la expansión de los 'polos' de la modernidad y sus promesas de

«(...) integrar a los marginados, educar a los analfabetas, proletarizar a los desclasados y establecer el civismo entre nuestras indiferentes o recelosas masas mestizas»¹¹.

En consecuencia, lo que las teorías de la modernización legitimaron fue una explicación etnocéntrica del 'subdesarrollo', según la cual éste es el resultado de factores ligados a la tradición, el carácter y la cultura de los pueblos e, incluso, a la configuración geográfica de los países¹². La división irreconciliable entre 'sociedad tradicional' y 'sociedad moderna' no admitiría, por tanto, ninguna duda. La primera se caracterizó a través de concepciones que la calificaban como una sociedad resistente al cambio cultural. Esto es, una cultura detenida en el tiempo, regida por «valores que superan al individuo, tales como la tradición, la magia, la divinidad, los antepasados, lo sagrado». La segunda, por su parte, siempre se consideró como una cultura abierta, donde el cambio está institucionalizado, pues «es exigido por la creciente aplicación de la ciencia y la tecnología a todas las esferas de la vida social». En ella,

«los valores ya no se adscriben mediante la tradición ni se aceptan pasivamente, sino que están conformados según

criterios de eficacia y racionalidad por un individuo secularizado, libre de elegir»¹³.

Frente al imperativo del desarrollo modernizador, cuyo eje hegemónico lo constituía la racionalidad técnico-económica, alrededor del cual los demás aspectos de la sociedad aparecían como subsidiarios, la *Comunicación para el desarrollo* se constituirá en un paradigma que se define,

«como un proceso de incorporación de los países en desarrollo dentro del sistema comunicativo mundial para la difusión de la tecnología industrial, las instituciones sociales modernas y el modelo de sociedad de libre mercado»¹⁴.

Y con esto, es el Estado quien ganaría presencialidad como una instancia técnico-neutral que ejecuta los imperativos del desarrollo.

Fueron muchos los sociólogos, psicólogos, economistas y planificadores y de la modernización los que se encargarían de darle forma y rostro a las teorías del desarrollo. Entre estos, vale destacar a Daniel Lerner, David McLelland, Lucien Pye, Wilbur Schramm, Everett Rogers e Ithiel de Sola Pool, entre otros, quienes en la década de los años sesenta se erigieron (desde organismos internacionales como la Unesco y de universidades como la de Stanford y MIT) en los autores 'clásicos' en la producción bibliográfica sobre la temática de la modernización, la comunicación y el cambio cultural. Se trataba de un *pool* de investigadores, herederos de los principios de la sociología funcionalista norteamericana y de la *Mass Communication Research*, quienes no sólo generaron un profundo optimismo acerca del papel que la comunicación desempeñaría en las acciones y planes de desarrollo, sino que además se convirtieron en verdaderos estrategias de la Comunicación para el desarrollo en los países del Tercer Mundo.

Los años sesenta son testigos de la forma en que las estrategias de la *Comunicación para el desarrollo* llegaron para quedarse. Si el tema se centraba en el atraso y en la falta de información para pasar a la *era moderna*, se trataba entonces de proponer soluciones a través de la comunicación y la educación. ¿en qué consistían estas soluciones? En poner en marcha un modelo de difusión de actitudes modernas, que giraba sobre un eje conceptual de carácter vertical, haciendo de la persuasión y de la teoría psicológica de la 'empatía' sus pilares más destacados. Esta última se definía «como un acto espontáneo que mueve a los individuos

¹⁰ LERNER, Daniel. *The passing of traditional society*. New York: Free Press, 1958. p. 47.

¹¹ CALETTI, Rubén Sergio. *Reflexiones sobre teoría y cambio social*. En: *Comunicación y Cultura*, No 10. México, agosto, 1983. p. 174.

¹² Una crítica a este modelo etnocéntrico del desarrollo en AHUMADA, Consuelo. *El modelo neoliberal y su impacto en la sociedad colombiana*. Bogotá: Ancora editores, 1996. p.26.

¹³ MATTELART, Armand. Op. Cit. p. 178.

¹⁴ WHITE, Robert. Op. Cit. pp. 43.

y a las clases sociales inferiores a copiar, incluso a remedar, a las culturas superiores¹⁵, pues es en éstas donde se encuentran los cimientos de los vínculos sociales. Ésto a partir de una intervención planificada en psicología de los individuos que recalcaba en la 'exposición' a los medios de comunicación y en el concurso de los denominados grupos de referencia y líderes de opinión¹⁶, las esperanzas crecientes para producir el cambio.

Es en este contexto donde la comunicación retoma aquella utopía que, vislumbrada a finales del siglo XIX, se convierte en la impronta preferida de la modernización: ser agente del cambio social, productora de las conductas modernas y reguladora de los desequilibrios del orden social. ¿Cómo? A través de sus modernas técnicas de persuasión, difusión e información, que tienen en la gestión gubernamental de la opinión pública, en las redes tecnológico-administrativas de comunicación pero, sobre todo, en los medios de comunicación de masas, a sus principales exponentes¹⁷. Estos últimos son llamados a abrirle el camino a la integración nacional, a los modelos de consumo y a las aspiraciones modernizadoras que pregonaban cuantos ya habían alcanzado esa etapa superior que representa la sociedad moderna en la evolución humana.

Dentro de esta concepción del desarrollo, los medios de comunicación se erigieron en un subsistema clave para generar el cambio social¹⁸. Como una ventana al mundo, su función consistiría en persuadir, educar y aculturar a la inmensa población de los países latinoamericanos, mediante la exposición a un conjunto de estrategias y contenidos informativos abiertos al cambio, que le permitiera a dicha población acceder a las ideas universales favorables al progreso, la movilidad social, la realización personal y el consumo. De modo, la transición de lo tradicional a lo moderno se realizará siguiendo un marco institucional no conflictivo. En esta perspectiva, los medios de comunicación se definieron como la expresión de la modernidad social y económica; en su dispositivo tecnológico descansaban

las potencialidades integradoras y de cohesión social que requería el modelo de desarrollo en cuestión.

Aquí es preciso mencionar que los efectos del modelo de desarrollo modernizador, para el cual los medios de comunicación se consideraban una pieza clave, se hicieron sentir en diversos aspectos de la vida social latinoamericana. Vale la pena destacar tres en los que la denominada *Comunicación para el desarrollo* tuvo fuerte incidencia: la planificación familiar, la difusión de innovaciones en el campo y las nuevas tecnologías educativas¹⁹. La logística comunicacional se dirigió, de este modo, a intervenir directamente en una lucha, no sólo contra el subdesarrollo económico, sino también contra la explosión demográfica, el atraso en el modo de producción agrícola y el analfabetismo de la población, de mayoría campesina, pues allí estaban los 'males', mentales y materiales, que impedían el despegue de la modernización.

De este modo, enseñar a planificar la familia y a regular el nacimiento de los seres humanos para que éstos pudieran ser útiles al nuevo modelo de desarrollo que se les estaba planteando²⁰, se constituyó en un imperativo para superar la sociedad tradicional pero, sobre todo, para evitar la catástrofe que significaría la superpoblación mundial por cuenta de los países del Tercer Mundo. El *Population Council*, entidad subvencionada por las fundaciones Ford y Rockefeller, fue el organismo que se encargaría de diseñar las estrategias y prestar el apoyo logístico a los gobiernos locales para llevar a cabo la extensión de la planificación familiar y el control de la natalidad en nuestras sociedades²¹. Estrategias en las que la teoría difusionista de la comunicación participó decididamente, mediante la realización de campañas de persuasión publicitaria, codificada por etapas (conocimiento, interés, evaluación, ensayo y adopción), y con el suministro de información sobre el uso más eficaz de los medios y sobre los esquemas de motivación más adecuados para desencadenar los procesos de persuasión²².

El difusionismo también participó en las políticas de modernización del sector agrario. Conocidas bajo el nombre de la *Revolu-*

¹⁵ MATTELART, Armand. Op. Cit. p.187.

¹⁶ Una obra clásica que aportaría los conceptos claves para este modelo de persuasión y difusión en LAZARSFELD, P. y KATZ, E. *La influencia personal*. Barcelona: Ed Hispano-europea, 1979.

¹⁷ Para una evaluación de los resultados de este modelo en América Latina, véase a BELTRÁN, Luis Ramiro. *Premisas, objetos y métodos foráneos en la investigación sobre comunicación en América Latina*. En DE MORAGAS, Miquel (Ed.). *Sociología de la comunicación de masas*. Barcelona: Gustavo Gili, 1985. pp. 74-96.

¹⁸ ROGERS, E. y SHOEMAKER, F. *La Comunicación de innovaciones. Un enfoque transcultural*. México/Buenos Aires: Centro regional de Ayuda Técnica, 1974. p. 8.

¹⁹ Para una ampliación de lo dicho, véase a MATTELART, Armand. Op. Cit. pp. 184-195.

²⁰ SCHMUCLER, Héctor. *De la revolución verde a la revolución informática*. En *La prensa: del autoritarismo a la libertad*. Santiago de Chile: Ilet, 1989. p. 51.

²¹ Para una mirada más coherente sobre lo que significaron en América Latina las políticas de control de la natalidad, véase a MATTELART, Armand. *¿Hacia dónde va el control de la natalidad?* Santiago de Chile: Editorial Universitaria, 1967.

²² MATTELART, Armand. *La comunicación-mundo*. Op. Cit. p. 186.

ción verde, estas políticas comprendían, más que reformas agrarias radicales en la distribución de la tierra, una serie de programas de ayuda técnica a los campesinos y empresarios del campo, con el fin de que éstos renovaran sus costumbres y adoptaran modos de producción agrícola más tecnificada. Es aquí donde la *Comunicación para el desarrollo*, por la vía del difusionismo, adquiere una resonada presencia rural, en cuya cabeza se encontraba el profesor de la Universidad de Stanford, Everett Rogers. Esta presencia se caracterizó por el uso estratégico de medios de comunicación como la prensa y la radio, los cuales se aplicaron en programas de desarrollo a gran escala. Se suponía que en sus 'efectos' informativos educativos estaba la capacidad de introducir y movilizar a las sociedades tradicionales en torno a una serie de innovaciones comunes de las sociedades modernas: el aumento de la producción, la planificación rural, la eficacia en la siembra y recolección de las cosechas, la utilización de abonos y nuevas técnicas de irrigación, entre otros.

Por último, estaba la alfabetización. Tarea indispensable, sin duda, que se conjugó muy bien con el advenimiento de las nuevas tecnologías educativas y de las dinámicas de urbanización de la existencia, merced a las cuales los sectores menos favorecidos podían disfrutar de los beneficios del libre mercado, la competitividad económica, la integración política y la realización personal. Situaciones que además encajaban en las 'fases institucionales' de movilidad social, exigidas a todo candidato que deseara transitar por los caminos del desarrollo que, en palabras de Daniel Lerner significaba un proceso lineal de la educación, ya que

«(...) en todas partes el crecimiento urbanístico supone un crecimiento de la alfabetización, el cual implica el crecimiento de la exposición a los medios. Esta, a su vez, conduce a una amplia participación económica (renta *per cápita*) y a una participación política (voto).»²³

Del desarrollismo a la dependencia.

La 'democratización' de la comunicación

En América Latina, las décadas del optimismo modernizador marcharon pararelas a una innegable reducción: la negación de conceder a la diversidad social y cultural de estos países el estatuto de 'actor', con pleno derecho a participar en los modelos teóricos que trazaban las dinámicas mismas de su crecimiento. Espejo y pantalla,

«el desarrollo-modernizador incitaba a estas sociedades, por una parte, a ver la imagen de su futuro a través del modelo encarnado por las modernas sociedades del Norte urbano e industrial y, por otra, a considerar su propia herencia cultural como un obstáculo en la línea recta de la evolución social y humana»²⁴.

¿Desarrollo para quién, por qué y con qué propósito? fue, por tanto, la pregunta que desde finales de los años sesenta comenzó a extenderse, como una mancha de aceite, en diferentes escenarios locales, regionales e internacionales donde se ejecutaban y/o se discutían los alcances y los límites mismos de las estrategias modernizadoras de la sociedad.

El paradigma modernizador pronto encontró una fuerte interpe-lación que emergió tanto de las culturas específicas, subvaloradas por su resistencia al cambio, como de las necesidades reales de unas sociedades 'periféricas' que han buscado que el desarrollo también se conjugue con la participación ciudadana, la autodeterminación soberana y el equilibrio internacional de los flujos del capital, de la cultura y la información. Ésto es, con la democracia política, económica y cultural. La idea de que es imposible captar la historia del capitalismo moderno, fuera del *sistema-mundo* que le da vida, se convierte —a partir de la segunda mitad de la década de los años sesenta— en un nuevo enfoque para interpelar a aquellas teorías desarrollistas que, precisamente, habían dejado por fuera de la discusión cualquier posibilidad de cuestionamiento crítico al etnocentrismo, la verticalidad y la ausencia de perspectiva histórica de los procesos de modernización y crecimiento.

Como bien advierte Armand Mattelart, el auge de este nuevo enfoque crítico es contemporáneo de las nuevas visiones propuestas por la economía del desarrollo. Así, en 1970, las Naciones Unidas recogerán los planteamientos centrales de la llamada *Declaración de Arusha*, promovida tres años antes por los Países no Alineados, y consagrarán la noción de desarrollo endógeno o autocentrado, que se unirá a lo que desde América Latina ya venía denominándose como la Teoría de la Dependencia. Ambas nociones, en adelante estimularán

«reflexiones innovadoras sobre el imperativo industrial, sobre las modalidades de la transferencia de tecnología, sobre los modelos culturales que ésta representa, sobre el margen de maniobra de que dispone un país dependiente en su negociación con el *sistema-mundo*»²⁵.

²³ LERNER, Daniel. Op. Cit. p. 47.

²⁴ MATTELART, Armand. Op. Cit. p. 202.

²⁵ Ibíd. p. 195.

Por tanto, es el proceso de subdesarrollo el que comienza a explicarse a través de la historia de las relaciones estructurales de 'dependencia' que unen a las naciones *centrales* con las naciones de la 'periferia', con lo cual, es la visión evolucionista de los paladines de la modernización-desarrollo la que quedó sujeta al cuestionamiento.

En este contexto de crítica e interpelación, es preciso destacar el papel que asumieron, en las décadas de los años sesentas y setentas, tanto la *Comisión Económica para América Latina y el Caribe, Cepal*, como la llamada Teoría de la Dependencia²⁶, que, por cierto, estaba estrechamente vinculada a la anterior. Estas 'escuelas' económicas del pensamiento latinoamericano se ubicaron en una perspectiva estructural del fenómeno del subdesarrollo, para lo cual partieron del presupuesto de que los problemas del desarrollo en la región estaban fuertemente relacionados con: a) las condiciones impuestas por el orden político y económico internacional vigente y sus modalidades de distanciamiento, cada vez mayor, entre el 'centro' y la 'periferia'; b) la inequitativa distribución del ingreso, la cual habría impedido la ampliación de los mercados y la diversificación de las estructuras productivas; c) la debilidad del sector agropecuario, cuyo estancamiento estaría vinculado a una tradicional estructura de tenencia de la tierra, concentrada en pocas manos.

Hacia finales de los años sesentas, la Cepal propuso el modelo de sustitución de importaciones para reducir la vulnerabilidad externa de los países de América Latina, la planeación a largo plazo; al tiempo que criticó decididamente la división mundial del trabajo, conceptualizando, en definitiva, que todo proceso económico, político y social debe examinarse en el contexto más amplio de la situación internacional²⁷. Y con esto, el acento recayó tanto para el cepalismo, como para las versiones dependentistas, en encontrar los mecanismos de dominación interna que hacen el juego a la dominación externa, investigando en consecuencia el papel de las empresas transnacionales en la dominación, y descubriendo los 'hilos' mediante los cuales las políticas de promoción de exportaciones y de adquisición de tecnología beneficiaban directamente al capital internacional.

A los estudios económicos se sumaron diversos análisis sobre los desequilibrios internacionales de los flujos informativos y, por consiguiente, sobre la dependencia de los medios de comunicación y la industria cultural del entretenimiento de los países subdesarrollados, respecto a las fuentes extranjeras de información y de programación²⁸. De este modo, la dependencia económica se tradujo, también, en términos de 'dependencia cultural'; vista por políticos e investigadores de los países en vías de desarrollo como una intromisión y una penetración del 'imperialismo cultural' en los asuntos concernientes al desarrollo y la autonomía nacional de los países periféricos.

Un documento de trabajo pionero que proporcionaría las bases para sucesivas discusiones en torno al papel de la comunicación y la información en los procesos de desarrollo, es el realizado en Montreal, Canadá, en 1969, en el contexto de una reunión de expertos convocada por la Unesco, en la que se debatió sobre los desequilibrios en la información e investigación entre los países industrializados y los de la 'periferia'. Dicho documento apuntaba a que...

«en el momento actual, la comunicación se efectúa en sentido único (...) La imagen que se da de los países en vías de desarrollo es a menudo, falsa, deformada y, lo que es más grave, esta imagen es la que se presenta a los países en vías de desarrollo»²⁹.

Igualmente, concluye diciendo que con este intercambio desigual de informaciones...

«se corre el riesgo de modificar o de desplazar los valores culturales y de causar problemas a la mutua comprensión entre las naciones».

El cuestionamiento a este sistema internacional que promovía la desigualdad económica y cultural, bajo el auspicio de los programas modernizadores, adquirió en América Latina una resonancia de alcance mundial. Numerosas voces, provenientes de las ciencias sociales, los medios de comunicación y los propios escenarios políticos, pronto comenzaron a proponer en la agenda

²⁶ Véanse, por ejemplo, los trabajos de CARDOSO, Fernando y FALETTO, Enzo. *Dependencia y desarrollo en América Latina*. México: Siglo XXI, 1969. RODRÍGUEZ, Octavio. *La teoría del subdesarrollo de la Cepal*. México: Siglo XXI, 1980.

²⁷ CARDOSO, Fernando. *La originalidad de la copia: la CEPAL y la ideas del desarrollo*. En *Revista de la CEPAL*. Santiago de Chile, segundo semestre, 1977.

²⁸ Sobre esta temática, y además de la bibliografía reseñada en citas posteriores, consúltense también a GARCÍA, Antonio. *¿Comunicación para la dependencia o para el desarrollo?* Quito: Ciespal, 1980; PARRA, Alberto. *Hacer iglesia desde la realidad de América Latina*. Bogotá: Ediciones Paulinas, 1988. MURGA, Antonio y BOLIS, Guillermo (Comp.). *América Latina: dependencia y subdesarrollo*. San José: Educa, 1975.

²⁹ MATTELART, Armand. Op. cit. p. 210.

internacional los debates sobre la democratización de las comunicaciones y el desequilibrio de los flujos de información. Las primeras señales de esta reflexión crítica conjugaron los planteamientos de la Teoría de la Dependencia con el enfoque semiológico estructuralista y los presupuestos teóricos de la escuela de Frankfurt³⁰. Desde allí, la investigación latinoamericana en comunicación enmarcó el subdesarrollo de los medios de comunicación y su falta de respuesta a problemas reales de democratización cultural, participación ciudadana y promoción de la identidad nacional como consecuencia de su integración dependiente al sistema político/económico capitalista internacional.

Junto a esta postura crítica frente al orden internacional de la información, basado en el desequilibrio informativo entre las naciones y en la dependencia cultural, va a surgir no sólo un cuestionamiento al modelo de comunicación vigente en las teorías desarrollistas de la modernización, sino un par de propuestas dirigidas a la necesidad de formular un nuevo orden informativo internacional y a la elaboración de políticas nacionales de comunicación. Es aquí donde la denominada *Comunicación para el desarrollo* encuentra un renovado marco de pensamiento y de acción, cuyos objetivos primordiales apuntaron en su momento hacia una concepción del desarrollo que contempla la afirmación de la independencia y la soberanía cultural de estos países, el derecho a la comunicación que tienen todos los ciudadanos y la efectiva democratización de la propiedad de los medios de comunicación y de los flujos internacionales de la información.

Así pues, la década de los años setenta es testigo de la emergencia de un remozado concepto de la *Comunicación para el desarrollo*, que se diferencia del anterior por su intento de construir un 'nuevo paradigma de la comunicación'³¹. Este nuevo modelo comunicacional se basó en seis postulados básicos: la horizontalidad, la participación, el equilibrio informativo internacional, el derecho a la comunicación, las necesidades y recursos de la comunicación en el ser humano y la tarea promotora del Estado en la planificación y centralización de las principales esferas de la sociedad. Igualmente, encontró sus fundamentos en la definición de políticas públicas nacionales orientadas hacia el desarrollo.

La crítica más contundente al ideario modernizador se dirigió, por tanto, a la restricción que éste hizo de la comunicación, reduciendo su potencial liberador a un simple asunto de «persuasión al servicio del ajuste social»³². Esquema en el que, además, los medios de comunicación se convirtieron en «meros instrumentos para conseguir un objetivo preciso: la 'realización' del modelo de desarrollo de acuerdo con las pautas capitalistas tradicionales»³³. Por el contrario, el nuevo paradigma se basaba en el «concepto de la comunicación como un flujo bidireccional y horizontal donde el emisor es a la vez receptor, y el receptor es a la vez emisor». Con lo cual, «la masa ya no es un inerte receptor de los mensajes elaborados en la cúspide de la pirámide comunicacional, sino también es fuente creadora de información»³⁴.

A diferencia de la estrategia difusionista, en la que el capital cultural 'nativo' se levantaba como un obstáculo para la formación del ciudadano moderno, el nuevo paradigma de la comunicación asumió decididamente la defensa de la herencia cultural, enmarcada por los principios de la identidad nacional y la cultura popular. La cultura se definió por la presencia de 'lo ajeno', invadiendo el espacio de 'lo propio', de manera que su defensa se realizó, en la mayoría de los casos, desde un lugar aparentemente libre del conflicto, las mezclas y la masificación producida por la creciente urbanización de los vínculos sociales y por los estilos de vida provenientes de la industria cultural. La unidad nacional se consideró, en mucho, como un proceso 'puro', que escampaba fuera del proceso de modernización de las sociedades, legitimando aquella noción de la modernidad como algo que no terminaba de llegar.

En este sentido, para la mayoría de los investigadores de la comunicación, la tarea del Estado consistía en reafirmar su papel central en la vida del país, interviniendo directamente en el sistema comunicacional como estrategia necesaria para la integración del Estado-sociedad. Y si la experiencia del desarrollo modernizador había demostrado la necesidad de fortalecer la participación consciente de la sociedad civil en el sistema *mass-mediático*, lo que este nuevo paradigma propendía, entonces, era por el carácter público de los medios de comunicación, en tanto esferas necesarias para la concertación de los distintos sectores de la sociedad³⁵, posibilitando, asimismo, la presencia y el desarrollo de las culturas latinoamericanas autóctonas.

³⁰ Para una ampliación de esta temática, véanse los trabajos de BELTRÁN, Luis Ramiro. Op. Cit. pp 74-92. WHITE, Robert. *La teoría de la comunicación en América Latina*. En *Revista Telos*, No 19. Madrid, 1989. pp.43-54.

³¹ Esta noción del 'nuevo paradigma de la comunicación' se encuentra en SCHENKEL, Peter (ed.). *Políticas Nacionales de Comunicación*. Quito: Editorial Epoca, 1981. pp. 55-60.

³² Véase a BELTRÁN, Luis Ramiro. Op. Cit. p. 86.

³³ CATALÁN, Carlos y SUNKEL, Guillermo. *La tematización de las comunicaciones en América Latina*. En *Comunicación*, No 74. Caracas, cuarto trimestre, 1991. p.7.

³⁴ SCHENKEL, Peter. Op. Cit. p. 56.

³⁵ Un trabajo que recoge interesantes planteamientos a este respecto en FOX, Elizabeth (Ed.). *Comunicación y democracia en América Latina*. Lima: Desco, 1982.

Esta perspectiva de la comunicación, vinculada a los procesos de desarrollo nacional, redundaría también en el contexto internacional, bajo la propuesta de un *Nuevo Orden Mundial de la Información y la Comunicación (Nomic)*, el cual se incorporó, luego de diversas reuniones previas, a los programas de la Unesco y de la Asamblea General de la Naciones Unidas en 1978. Esta propuesta de 'descolonizar la información', congregó a los investigadores de la comunicación de América Latina, África y Asia, alrededor de una posición unificada que contemplaba la necesidad, por parte de los países subdesarrollados, de avanzar hacia una democratización real del flujo informativo internacional, de modo que tuviesen la oportunidad de ser también productores de la información y de la programación cultural y de entretenimiento que circulaba por los medios de comunicación, rompiendo así con la concentración hegemónica ejercida por los países del hemisferio norte.

Materializado a través del llamado *Informe MacBride*³⁶, (concluido a principios de los años ochenta, en el seno de la Comisión Internacional para el Estudio de los Problemas de la Comunicación, cuyo presidente era el irlandés Sean MacBride), el Nomic incorporó argumentos dispersos, en un marco que aún constituye el fundamento de gran parte del pensamiento acerca de la comunicación y el desarrollo. De igual modo, las propuestas del Nomic también iban dirigidas a la necesidad que tenían los países subdesarrollados de avanzar hacia la 'autodependencia informativa' y hacia la práctica efectiva del 'derecho a la información', consagrado en la Declaración Universal de los Derechos Humanos de 1948, buscando para ello no sólo nuevos criterios de selección y elaboración de las noticias que contribuyeran a la afirmación de la soberanía cultural y la identidad nacional, sino el acceso popular a los medios de comunicación.

La otra cara de la formulación del *Nuevo Orden Mundial de la Información y la Comunicación*, contemplaba una propuesta igualmente renovada dentro del nuevo paradigma de la comunicación para el desarrollo: las políticas nacionales de comunicación, (PNC). La importancia de involucrar en los procesos de desarrollo y cambio social, la temática de las PNC partía del supuesto de que la comunicación social

ción y la formación de los periodistas, sin olvidar la comunicación institucional e interpersonal y toda la infraestructura legal que regula las variadas actividades de comunicación³⁷.

De esta forma, las PNC fueron definidas por uno de sus principales promotores, el boliviano Luis Ramiro Beltrán, como

«conjuntos coherentes de principios y de normas destinadas a trazar orientaciones generales para los órganos y las instituciones de comunicación dentro de cada país [las cuales] proporcionan un marco de referencia para elaborar estrategias nacionales desde la perspectiva de una implantación de infraestructuras de comunicación que tendrán una función que cumplir en el desarrollo educativo, social, cultural y económico de cada país»³⁸.

Situación que, sin duda, suponía cambios sustanciales no sólo de enfoque, sino de estructuras de los sistemas de comunicación vigentes en la mayoría de los países de la región pero, además, un papel muy vigoroso del sector público en la ejecución de una comunicación participativa en favor de amplios programas en campos como educación, salud, vivienda, nutrición, desarrollo comunal y regional.

Por su trascendencia para la región, las PNC suscitaron desde sus comienzos temores y reacciones en los propietarios de los medios de comunicación y en sectores económicos afines a la desregulación del mercado de bienes culturales. Contrarios ambos a cualquier intervención por parte del Estado en los asuntos de la información ya que consideraban que ésta atentaba contra la libertad de prensa y la libre propiedad. Estas controversias comenzaron en 1974, a raíz de la primera reunión de expertos, convocada por la Unesco en Bogotá, y encontraron su clímax, como bien nos lo recuerda el investigador Peter Schenkel³⁹, luego de la Primera Conferencia Intergubernamental sobre Políticas de Comunicación en América Latina y el Caribe que se celebró en San José de Costa Rica, en julio de 1976.

¿Por qué estos temores y reacciones? Básicamente, porque las PNC eran un intento de 'democratizar' las comunicaciones a nivel interno de los países. Sus principios estaban orientados a...

«no se limita solamente a los medios tradicionales y sus contenidos, sino que es mucho más, incluye el sistema de las telecomunicaciones, el flujo de noticias y el trabajo de publicidad, los modernos métodos de la informática, el mundo editorial, la labor periodística, la investigación de la comunica-

«ordenar el sistema de comunicación de acuerdo con las necesidades prioritarias de la sociedad, es decir, de acuer-

³⁶ MACBRIDE, Sean (Ed.). *Un solo mundo, voces múltiples*. México: Unesco-F.C.E., 1980.

³⁷ SCHENKEL, Peter. Op. Cit. p. 16.

³⁸ BELTRÁN, Luis Ramiro. *Políticas Nacionales de Comunicación: los primeros pasos*. En *Nueva Sociedad*, No 25. Caracas, julio-agosto, 1976: p. 14.

³⁹ SCHENKEL, Peter. Op. cit. p. 19.

do con los intereses y el bienestar común, que una sociedad en desarrollo persigue.⁴⁰

Con lo cual, era la pregunta por la 'esfera pública' —como el lugar donde se gesta el interés común y que permite el reconocimiento de la diversidad política y cultural— la que ingresaba al centro de la discusión. Con una aclaración: para las PNC de los años 'setentas, era al Estado a quien le correspondía dirigir dicha 'esfera pública', puesto que se consideraba a aquel como «el auténtico y legítimo representante de los ideales de autonomía», a través, en muchos casos, de una planificación centralizada que debía traducirse «en organizaciones de desarrollo participantes, a nivel regional, distrital y vecinal».⁴¹

No obstante, este nuevo paradigma comunicacional, con su esperanza de que América Latina fuera el escenario donde se realizara una democratización efectiva de la comunicación y se aclimatará un nuevo orden internacional de la información, no se tradujo como una 'realidad viviente' en la región. La utopía de la democratización entraría a los años ochenta rota en pedazos, con lo cual es la *Comunicación para el desarrollo* la que va a sufrir un desplazamiento de sus coordenadas nacionales e internacionales, confluyendo hacia la dimensión 'alternativa' de lo popular; esto es, hacia las experiencias liberadoras de todos aquellos que se encuentran en condiciones de marginalidad y exclusión.

Los años ochenta: la llamada 'década perdida'. El 'alternativismo' comunicacional

A principios de los años ochenta el agotamiento del modelo *estadocéntrico* es evidente:

•El gasto fiscal se dispara desbordando los ingresos tributarios; el proteccionismo distorsiona la competitividad de las nuevas industrias productivas; el gasto social subvenciona a los sectores medios en desmedro de los sectores más pobres; una burocratización ineficaz inhibe cualquier esfuerzo innovador. El desarrollo desde el Estado interventor, llegaba a su fin.⁴²

La expectativa de que los frutos del desarrollo nacional alcanzarían automáticamente al pueblo raso, al colmarse la copa de la abundancia, se esfumaba.

Las reformas que se intentaron realizar para transformar el sistema comunicacional en algunos de los países latinoamericanos también fracasaron⁴³, o se quedaron a mitad de camino. Algunos investigadores y funcionarios que participaron en el diseño de las políticas nacionales de comunicación y del nuevo orden internacional de la información pasaron al destierro, como en el caso chileno o argentino. Otros, abandonaron sus cargos en las entidades estatales y empezaron a trabajar desde la base, con la misma población, con el fin de obtener así la 'liberación de las conciencias' que no habían logrado desde el Estado. Por otro lado, el esperado desarrollo, basado en la democratización del campo informativo y cultural no llegaba. Los planes y sus proyecciones parecían derrumbarse como castillos de naipes.

Desde otra perspectiva, aparece lo que algunos han denominado como el 'desarrollo alternativo', promovido por grupos de base, movimientos políticos y sociales —muchos de ellos de clara inspiración cristiana— que se oponen a la represión política autoritaria y pretenden la democratización de las instituciones y de las relaciones sociales de manera mucho más radical que la de los programas de asistencial social. Su nacimiento corrió paralelo al fracaso de los modelos de desarrollo modernizador y de planificación centralizada del Estado, que habían ocasionado que el campo se empobreciera y las ciudades crecieran geométricamente, generando problemas de migración y pobreza, ante los cuales los campesinos y los migrantes urbanos respondieron organizando movimientos populares que demandaban al Estado titulación de tierras y dotación de servicios públicos domiciliarios, entre otras reivindicaciones.

Estos movimientos populares encarnaban, además, una vieja pero muy presente lucha: legitimarse como actores sociales, protagonistas de una nueva dimensión del desarrollo nacional, con capacidad de consolidar una organización política propia y de resistir activamente a la modernización autoritaria de la sociedad⁴⁴. Tarea que se emprendería a través del rescate de lo popular y de lo étnico-racial como fuentes de la auténtica cultura y energía social en el interior de la nación. Se trataba de movimientos, cuyas protestas y solidaridades en la vida cotidiana, constituyeron con frecuencia

⁴⁰ Ibíd. p. 16.

⁴¹ WHITE, Robert. *Análisis cultural de la comunicación para el desarrollo*. Op. Cit. 47.

⁴² Norbert Lechner, citado por BELTRÁN, Luis Ramiro. *Neoliberalismo y comunicación democrática: plataformas y banderas para el tercer milenio*. Mimeo. La Paz, 1994.

⁴³ Por ejemplo, la expropiación de la prensa, la radio y la televisión nacional en el Perú, que fue una medida tomada en 1974 durante el gobierno militar de Juan Velasco, sería derogada en la administración de Fernando Belaúnde, a través de una ley que consistió en «devolver los medios a sus legítimos dueños». Medidas similares por reformar el sistema comunicativo nacional también fracasaron en México y Venezuela.

⁴⁴ REYES MATTA, Fernando (Ed.). *Comunicación alternativa y búsquedas democráticas*. México: Ilet, 1983.

«el primer paso hacia la creación de la comunicación alternativa horizontal y organizacional entre los pobres de las zonas rurales y los de las zonas urbanas»⁴⁵.

En América Latina estos movimientos populares se expresaron a partir de una serie de prácticas barriales, locales y rurales, estrechamente vinculadas con estrategias de educación no formal. Sin embargo, a diferencia de otras iniciativas educativas que intentaron relacionar la escuela con la población iletrada mediante programas de extensión y transmisión de aptitudes técnico-vocacionales que provocarían los cambios de conducta necesarios para integrar a la población a las innovaciones propuestas por los planificadores de la modernización, las experiencias del desarrollo alternativo propugnaban por construir 'espacios de libertad' que se opusieran al asistencialismo social y la estructura socioeconómica —capitalista— dominante, propia de las élites dirigenciales y del sistema transnacional de la cultura.

Lo educativo apareció entonces como un fuerte componente en el desarrollo alternativo. Su propósito fue hacer concientes a los sujetos populares de su realidad, para que así, desde sus propias culturas, propendieran por el cambio social. El máximo exponente de esta educación popular—no formal— fue el brasileño Paulo Freire, quien en su *Pedagogía de los oprimidos*⁴⁶ planteó la necesidad de que el pueblo tomara para sí la palabra, subrayando que esa apropiación lo haría más consciente de su realidad, y por lo tanto, protagonista de su propia liberación. Esta experiencia educativa, sin embargo, colocaba un excesivo énfasis en un proceso educativo racionalizante, que apostaba, casi que exclusivamente, al poder del cambio desde el conocimiento racional de la propia realidad sin comprometer las subjetividades y los complejos modos de relacionarse con la realidad de los diversos sujetos culturales⁴⁷, tejidas también de memoria narrativa y de momentos de celebración y fiesta.

En este contexto, la *Comunicación alternativa* sería el nuevo modo en que se traduciría la *Comunicación para el desarrollo* durante los primeros años de la década de los ochenta. Esta tomó la bandera de la esperanza —y la utopía— de la comunicación horizontal y participativa, ya delineada algunos años atrás por el nuevo paradigma de la comunicación. Sin embargo, en esta ocasión lo alternativo supuso el paso de una dimensión macro, centrada en la transformación del sistema mundial de la información y en las políticas nacionales de comunicación, a un nivel

micro de intervención en lo cotidiano, en lo local y en lo comunitario, pues es allí donde los sujetos populares podrían efectivamente participar en la construcción de 'espacios liberadores', alternativos e impugnadores a la industria y a la cultura de masas.

Artesanales en su producción, por oposición a la creciente tecnologización de los medios audiovisuales, los grupos de comunicadores alternativos aparecieron basistas y románticos. Comprometidos pero, sobre todo, convencidos de que el desarrollo se gestaba desde abajo y por fuera de los medios masivos, su tarea consistió en darle la 'voz a los sin voz' y en dar lugar a la verdad que poseía la palabra impoluta del pueblo.

«De ahí que se produce una exaltación de lo local-popular en tanto espacio que se sitúa en la marginalidad, es decir, fuera del sistema y, por consiguiente, en tanto espacio que contiene las semillas de esa otra comunicación»⁴⁸,

cuyo modelo descansaba, para decirlo una vez más, en la impugnación de lo masivo y en el rescate del lenguaje y la cultura 'verdaderamente' popular, elementos vitales de esta otra manera de asumir la *Comunicación para el desarrollo*.

Son las radios populares, los boletines comunitarios, barriales, sindicales o de la iglesia, y cualquier otro tipo de micromedios, los que se encargarían de recoger las 'auténticas' experiencias y prácticas de comunicación alternativa. En su diseño, elaboración y/o producción confluían una serie de lenguajes, símbolos, formatos y patrones de lo popular que tenían por objeto no sólo proveer una base de comunicación diferente a la estructura dominante de las noticias⁴⁹ y del entretenimiento, sino hacer posible el sueño democratizador de la comunicación horizontal. Es decir, que todos fueran emisores y receptores a la vez, dentro de una dinámica participativa de puntos de vista y de informaciones sobre lo 'auténticamente' popular que llegó, incluso, a convertirse en un fetiche de la nueva y liberadora comunicación⁵⁰.

Aquí, es preciso resaltar que la *Comunicación alternativa* permitió explorar el mundo de las culturas populares y conocer los

⁴⁵ WHITE, Robert. Op. Cit. p. 49.

⁴⁶ FREIRE, Paulo. *Pedagogía de los oprimidos*. México: Siglo XXI, 1980.

⁴⁷ ALFARO, Rosa María. *Una Comunicación para otro desarrollo*. Lima: Calandria, 1993. p.38.

⁴⁸ CATALÁN, Carlos y SUNKEL, Guillermo. Op. Cit. p.14.

⁴⁹ BERRIGAN, Francis. *La comunicación comunitaria: cometido de los medios de comunicación en el desarrollo*. París: UNESCO. 1981. p.7.

⁵⁰ Para una ampliación de esta crítica a la «corriente alternativista» en comunicación, véase a ALFARO, Rosa María. Op. Cit. p. 50.

espacios cotidianos y prácticas comunicativas existentes en la comunidad⁵¹. Igualmente, posibilitó la revaloración de unas culturas, que por tener raíces rurales o indígenas, eran negadas por el grueso de la industria cultural, por la vida urbana y por los propios sujetos populares, avergonzados, muchos de ellos, de su pasado y tradición. Se produce así una exaltación de las culturas populares en su capacidad de gestión de formas alternativas de organización y, por ende, de construcción de relaciones más democráticas de convivencia. Culturas populares que, alejadas por oposición a la modernización social y económica —que, paradójicamente, había producido su marginalidad—, representaban, para no pocos de los líderes y militantes de lo alternativo, la posibilidad de construir el auténtico desarrollo de la cultura nacional.

Lo importante de esta incursión de la *Comunicación alternativa* en la cultura popular es que tuvo un doble efecto: por una parte, permitió el debate sobre el rol de lo popular en la formación de las culturas nacionales⁵²; y por la otra, planteó en la discusión comunicacional el tema de la cultura como una práctica y experiencia popular-cotidiana, esto es, como un campo de lucha y un instrumento de lucha de los sectores marginados y excluidos por el poder. Hecho que sin duda, alimentó la reflexión sobre la cuestión de las culturas nacionales, volviendo el campo más complejo e incorporando lo nacional como espacio de conflicto social y cultural.

Para la corriente alternativista, la negación de lo propio no sólo radicaba en la presencia de lo foráneo, sino en cómo desde lo nacional también se excluye la diversidad, folclorizándola o haciéndola responsable del atraso que viven las sociedades subdesarrolladas.

Con todo, la reflexión que acompañó las prácticas de *Comunicación alternativa*, dejó para la investigación y acción en comunicación cierto saldo positivo. En particular, porque planteó, sin temores, los temas sobre la vida cotidiana, lo local y lo micro en tanto espacios de la vida que debe contemplar cualquier propuesta de desarrollo nacional. Sin embargo, su marcada idealización de lo popular y su constante toma de partido contra todo aquello que no se levantara como una 'fuerza' de impugnación contra el sistema, se encargarían de legitimar no pocos reduccionismos.

Uno de estos reduccionismos es aquel que consistió en proponer la alternatividad a la industria cultural y a la cultura de masas como un eje fundamental de lo debería ser una política de comunicaciones⁵³. Situación contradictoria, máxime aún, si se tiene en cuenta que la formulación de políticas alternativas no sólo responde a su grado de incontaminación frente al 'sistema', es decir, a su carácter de privilegiar lo escindido, lo marginado y lo excluido (como única fuente de transformación social), sino a la capacidad de acceder desde estos 'territorios' a la propia institucionalidad mediante la representación de sus intereses y demandas en los espacios 'macro' donde se tramita el poder.

De otro lado, si bien la *Comunicación alternativa* reforzó el desarrollo local, desde la formación y consolidación autónoma de las organizaciones de base, no generó la suficiente capacidad ni para articular propuestas de sociedad más globalizantes, ni para convertir a los movimientos populares en interlocutores del Estado, los gobiernos locales, o incluso, de otras organizaciones populares similares. Su modo de gestar la relación con las instituciones del Estado, afirmaba más una posición de conflicto y de ruptura, puesto que éstas no habían logrado —y sí muchas veces obstaculizado— el bienestar general de la población (léase desarrollo). Y con esto, es la protesta o la denuncia lo que enmarcaría el carácter impugnador de la *Comunicación alternativa*, careciendo, no pocas veces, de propuestas claras y coherentes.

Por último, es necesario considerar que la búsqueda de lo 'local' y lo 'comunitario', en tanto puntos de partida para la creación de la 'auténtica' identidad popular, dejó como experiencia para el futuro venidero de la comunicación popular y alternativa, que la democracia no está necesariamente allí donde se dice que está. Como bien afirma Armand Mattelart,

«cuando lo local se pone de relieve para rechazar una apropiación de lo *mundial* o de lo *internacional*, se está en la obligación de salir fiador de un movimiento de disminución del sentido y de las capacidades de actuar sobre las situaciones concretas. Lo local sólo tiene verdadero interés allí donde permite captar mejor, merced a la proximidad, la interacción entre lo abstracto y lo concreto, entre lo vivido y lo universal, entre lo individual y lo colectivo»⁵⁴.

⁵¹ Diversos artículos que retoman esta discusión y que, a la vez, proponen renovados planteamientos sobre las culturas populares en VV.AA. *Comunicación y culturas populares en América latina*. Seminario del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales. México: Felafacs-Gustavo Gili, 1987.

⁵² Un análisis bien sugerente al respecto en MARTÍN BARBERO, Jesús. Op. Cit. pp.98-176.

⁵³ Uno de los investigadores latinoamericanos que mejor ha cuestionado esta oposición es Jesús Martín Barbero en su libro *De los medios a las mediaciones*. Véase a MARTÍN BARBERO, Jesús. Op. Cit. pp. 96-153.

⁵⁴ MATTELART, Armand. Op. Cit. p. 228.

El Desarrollo como ciudadanía política y cultural. La comunicación como 'interacción' y red

Los años ochenta no sólo se caracterizarían por la presencia de la corriente 'alternativista' en la conducción de una nueva manera de interpretar el desarrollo. Esta década también está marcada por el inicio de una serie de cambios operados en la sociedad global, que, por cierto, se harán más evidentes durante los años noventa. Entre estos podemos mencionar: a) los procesos de transición a la democracia y la reactivación de la sociedad civil en diversos países de la región; b) la puesta en marcha de una economía liberal de mercado que aparece como respuesta a la crisis de desarrollo económico y de modernización institucional de estos países; y c) la profunda modificación sufrida por el sistema y los circuitos de comunicación de masas, que se traducirá en una fuerte presencia del *sistema-mundo* y de la iniciativa privada en su diseño y estructuración.

A finales de la década, el fracaso de las políticas económicas y el incremento de los niveles de pobreza en la región, conducen a muchos gobiernos locales al diseño de un política de 'ajuste estructural' —promovida por el *Banco Mundial* y el *Banco Interamericano de Desarrollo*— que contemplará una reforma del sector público, de la política macroeconómica y de su régimen comercial con el fin de fomentar la apertura de mercados hacia el exterior, el fortalecimiento del sector privado y el desarrollo del capital humano. Esto dentro de un conjunto de políticas que buscan realizar un 'ajuste'⁵⁵ con más crecimiento, mayor competencia internacional y 'más' equidad social.

En esta política de ajuste, los años noventa llegan con una recomendación de la *Comisión Económica para América Latina*, sustentada en tres puntos básicos: transformar las estructuras productivas de la región en un contexto de igualdad y equidad, realizar la apertura económica en forma gradual, selectiva y promover las exportaciones. Según la Cepal, la intervención del Estado debe ser selectiva y efectiva en el campo de las políticas sociales, principalmente en salud y educación, para lo cual debe diseñar políticas eficientes, así como lograr niveles más altos de participación ciudadana, orientados a la búsqueda de consensos mínimos para la integración Estado-sociedad⁵⁶.

Aplicada, con mayor o menor gradualismo, esta política de ajuste se ha convertido en el modelo para combatir las crisis de las

economías, no sólo en América Latina, sino a nivel mundial. Este modelo, que también se conoce con el nombre de *neoliberalismo*, busca no sólo reducir la intervención del Estado en áreas estratégicas de la economía —como los servicios públicos y las telecomunicaciones—, sino que reivindica el poder central del mercado en el desarrollo económico y social de los países. Su diagnóstico de la crisis económica se sustenta en el excesivo intervencionismo del Estado en la asignación de los recursos y en diseño de las políticas redistributivas, situaciones que, según dicha interpretación, habrían llevado a las naciones de la región a un progresivo enclaustramiento de sus economías y a una ausencia de competitividad internacional.

Pero el neoliberalismo no sólo será un modelo en lo económico, sino que también impregnará lo político, lo social y lo cultural. Este emerge en un contexto marcado por el derrumbe de la polarización ideológica del mundo —capitalismo vs. comunismo—, condición que acelera tanto los procesos de globalización externa de las naciones, como los de su fragmentación interna, dando lugar al subjetivismo como criterio de verdad y a la emergencia de visiones múltiples del mundo. Todo esto, enmarcado en unas dinámicas de globalización,

«que tendrán como eje, a la empresa; como clave, la relación de interdependencia; y como vehículo y sustento, la trama tecnológica de la comunicación»⁵⁷.

En América Latina, la agenda del desarrollo también comenzará a ser fuertemente interpelada desde una dimensión cultural del desarrollo, que cuestionará los costos sociales de los programas de ajuste macroeconómico en la región. En este contexto, vale la pena citar a Néstor García Canclini cuando afirma que ha sido

«la incapacidad de las soluciones meramente económicas o políticas para controlar las contradicciones sociales, las explosiones demográficas y la depredación ecológica [lo que] ha llevado a científicos y políticos a preguntarse por las bases culturales de la producción y el poder».

aceptando de este modo...

«que el desarrollo no es sólo una cuestión referida a patrones o niveles materiales, sino también al significado del trabajo y la recreación, al sentido que las sociedades construyen, junto

⁵⁵ Sobre este aspecto, véase a VAN DER BORG, Chris. Op. Cit. pp.776-786.

⁵⁶ Ibid. p. 786.

⁵⁷ ORTÍZ, Renato. *Culturas populares y nacionales frente a la realidad globalizada*. En *Los medios, nuevas plazas para la democracia*. Lima: Calandria, 1995. p. 27.

con su producción en las canciones y las imágenes, en el consumo, la educación y la vida diaria⁵⁸.

Surge entonces la pregunta: ¿Qué sucede en este contexto con la comunicación y, concretamente, con la *Comunicación para el desarrollo*? En términos generales, es posible distinguir cuatro escenarios de reflexión que vienen generando algunas respuestas a este interrogante:

En primer lugar, la *Comunicación para el desarrollo* aparece ligada a un nuevo enfoque sobre las culturas populares y los movimientos sociales. Retomando las dimensiones de lo local, lo cotidiano, lo micro y lo territorial, esta renovada concepción investigativa desbordará los planteamientos de la corriente alternativa que estaban dedicados a identificar lo popular en tanto sinónimo —incontaminado— de todas aquellas fuerzas impugnadoras del sistema, como a oponer una barrera infranqueable entre la cultura popular y la cultura de masas. Más bien, es un tipo de análisis, cuya reflexión se inicia en los años ochenta, que busca indagar por las formas de constitución de lo popular al interior de la cultura de masas y por los complejos procesos de confrontación, negociación, acomodación y adaptación que viven, desde su cotidianidad, las mayorías sociales frente a la masificación de su existencia.

Como bien lo afirma Jesús Martín Barbero⁵⁹, uno de los investigadores pioneros en esta manera de asumir la cultura popular,

«estamos descubriendo en estos últimos años que lo popular no habla únicamente desde las culturas indígenas o campesinas, sino también desde la trama espesa de los mestizajes y las deformaciones de lo urbano, de lo masivo. Que, al menos en América Latina, y contrariamente a las profecías de la implosión de lo social, las masas aún contienen, en el doble sentido de controlar pero también de tener dentro, al pueblo».

Por tanto,

«no podemos seguir construyendo una crítica que desliga la masificación de la cultura del hecho político que genera la emergencia histórica de las masas y del contradictorio movimiento de que allí produce la no-exterioridad de lo masivo en lo popular, que pasa a constituirse en uno de sus modos de existencia».

Se trata, por cierto, de una concepción de lo popular que es complementaria al surgimiento de una multiplicidad de 'redes sociales', cuyas demandas, individuales y colectivas, entran a desbordar las reivindicaciones puramente políticas, en torno a la toma del poder, y se ubican en las luchas concretas por el significado mismo de la vida, las cuales ponen en el centro de la discusión pública temáticas en torno al cuerpo, la salud, la sexualidad, los derechos humanos, la droga, la deuda externa, el género, el racismo y la ecología. Cuestiones que han sido relegadas, tanto por los espacios y agentes tradicionales de la representación política —partidos políticos, sindicatos, agremiaciones, entre otros—, como por el 'mito igualitarista' del nuevo orden tecnológico de la comunicación que, sin embargo, olvida que la complejidad social no se reduce a la ampliación de las clientelas del consumo, sino al modo en que, siguiendo a Graham Murdock⁶⁰, los «nuevos medios ayudan a reconfigurar unos sistemas de poder y unas redes de relaciones sociales».

Redes y movimientos sociales que surgen, a su vez, de una diversificación del desarrollo, gestado desde grupos específicos: mujeres, jóvenes, ambientalistas, vecinos, trabajadores de la calle, homosexuales, entre otros, que intentan asumir la gestión de sus propios intereses, apoyándose en una fusión de sus roles privados con los públicos y en la introducción de dimensiones expresivas y simbólicas a sus demandas políticas por una vida digna. Con lo cual el papel central del desarrollo

«recae en la articulación de actores —personas, grupos e instituciones— en ámbitos geográficamente determinados, en torno de metas diagnosticadas y valoradas en común, que [buscan reconocer] la diversidad y pluralidad de los sujetos, y [asegurar] el aporte de recursos propios junto a recursos externos»⁶¹.

En segundo lugar, la *Comunicación para el desarrollo* aparece articulada a una temática que, hasta finales de los años ochenta, estaba bastante relegada de la investigación latinoamericana en comunicación: la cuestión de los estudios sobre recepción y consumo cultural. Se trata de una línea de investigación que ha entrado a llenar el vacío dejado por anteriores paradigmas de la comunicación. Esto es, el vacío que ha estado vinculado, tanto la ausencia de análisis sobre las mediaciones y resignificaciones que intervienen en los procesos de apropiación y uso de los mensajes provenientes de los medios de comuni-

⁵⁸ GARCÍA CANCLINI, Néstor (Ed.). *Políticas culturales en América Latina*. México: Grijalbo, 1987. p.22.

⁵⁹ MARTÍN BARBERO, Jesús. *La telenovela en Colombia: televisión, melodrama y vida cotidiana*. En *Diálogos de la Comunicación*, No 17. Lima, junio, 1987. pp.10-11.

⁶⁰ MURDOCK, Graham. *Las comunicaciones y la constitución de la modernidad*. En *Revista de Occidente*, Nos 170-171. Madrid, julio-agosto, 1995. p. 16.

⁶¹ OSSANDÓN, Fernando. *Comunicación y desarrollo local*. En *Persona y sociedad*, Vol. XI, No 1. Santiago de Chile, abril, 1997. p. 80.

cación, como a la dificultad para comprender la complejidad cultural de nuestras sociedades y, muy particularmente, el fenómeno de la cultura de masas.

Este tipo de análisis,

- busca incorporar la dimensión del consumo [y la recepción] en un análisis más global del campo cultural. Pero su importancia va más allá del interés académico, pues crecientemente se detecta la relevancia que adquieren los estudios sobre este tema en el plano de la formulación de políticas culturales. En particular, se advierte que un planteamiento democrático en este terreno implica superar creativamente la formulación meramente dirigista y vincular orientaciones globales con demandas reales de una diversidad de segmentos de población.⁶²

En esta perspectiva hay un claro 'retorno al sujeto', que lleva a examinar en los procesos de recepción cómo los públicos codifican y re-semantizan los mensajes de la comunicación masiva, así como a reconocer que en el consumo no sólo existe una racionalidad económica, sino que en él también se manifiesta una racionalidad sociopolítica interactiva⁶³. Por eso, más allá de reducir el problema del consumo y la recepción a una ecuación de la oferta y la demanda,

- la aparición del tema del papel activo del receptor y del usuario es indisoluble de las preguntas que se hacen los ciudadanos organizados en la sociedad civil acerca de las posibilidades de ejercer un control democrático real sobre los nuevos flujos y las nuevas redes de comunicación.⁶⁴

En tercer lugar, la *Comunicación para el desarrollo* aparece vinculada a los nuevos modos de habitar el *espacio-mundo* que nos ha correspondido vivir. Pues a lo que asistimos hoy es a un 'aire de época' que está, fuertemente, marcado por un doble movimiento. De un lado, el surgimiento de redes de información, comunicación y conocimiento que nos convierten en habitantes planetarios sin salir de casa y nos conectan globalmente con una agenda mundial, sin la participación de la cual, cada vez es más difícil saber qué sucede con la economía, los derechos humanos, el narcotráfico y el medio ambiente, para citar tan sólo unos ejemplos. Por otro, la aparición de serios procesos, tanto de privatización de la existencia —que nos invitan al encerramiento en lo íntimo-individual—, como de fragmentación ciudadana y

pérdida de fe en las tradicionales certezas para enfrentar el futuro, 'hacer' política o dotar de sentido la cuestión de las identidades colectivas.

Espacio-mundo que además contiene procesos bien complejos de globalización económica, diferenciación cultural y homogeneización de los estilos de vida que, para el caso latinoamericano, no se pueden desconocer en su impacto en las culturas populares y nacionales. Como apunta Jesús Martín Barbero⁶⁵,

- en estos momentos ya no podemos dejar de reconocer que estamos insertos en el mercado mundial. El modo como hemos sido incluidos-excluidos es nuestra peculiaridad, es la manera como históricamente se han producido nuestras políticas, nuestras instituciones. Eso ya es algo inalterable y no podemos echarnos atrás o refugiarnos en un sitio que no haya sido tocado o penetrado. Aunque nos pese y por más rabia que nos dé, estamos en este espacio mundial de esta manera, y eso conforma ya parte de nuestro ser y de nuestro hacer. El problema ya no es decir si nos integramos o no, sino cómo hacemos para integrarnos de una manera que no nos destruya, pero que sí nos transforma.

En cuarto lugar, la *Comunicación para el desarrollo* está ligada al debate sobre las políticas culturales. Se trata de una línea de análisis que tiene como punto de partida dos consideraciones fundamentales. De un lado, parte de reconocer el papel decisivo que juega el campo cultural en los procesos de desarrollo político y socioeconómico de nuestras sociedades. Situación ante la cual, las políticas culturales pueden desempeñar un rol activo de intervenciones y concertaciones, entre el Estado, las instituciones civiles y los grupos comunitarios organizados

- a fin de orientar el desarrollo simbólico, satisfacer las necesidades culturales de la población y obtener consensos para un tipo de orden o de transformación social.⁶⁶

De otro lado, es una línea de análisis que parte de cuestionar a aquellas políticas culturales, tradicionalmente aplicadas por el Estado, que conciben la cultura, ya sea como la expresión auténtica de las grandes 'obras del espíritu', o como el legado 'patrimonialista' que ha marcado nuestro 'ser', y el cual es preciso rescatar. Dimensiones, sin duda, necesarias de cualquier política cultural, pero que, sin embargo, dejan de lado las preguntas por

⁶² CATALAN, Carlos y SUNKEL, Guillermo. Op. Cit. p. 16.

⁶³ Para una ampliación del consumo desde una perspectiva de análisis cultural, véase a GARCÍA CANCLINI, Néstor. *Consumidores y Ciudadanos*. México: Grijalbo, 1995. p. 43.

⁶⁴ MATTELART, Armand. Op. cit. p. 271.

⁶⁵ MARTÍN BARBERO, Jesús. *Pre-textos. Conversaciones sobre la comunicación y sus contextos*. Cali: Universidad del Valle, 1995. p.18.

⁶⁶ GARCÍA CANCLINI, Néstor. Op. cit. p. 26.

la democratización y la democracia cultural, en una época de creciente complejidad tecnológica y presencialidad cotidiana de los medios de comunicación en el consumo domiciliario de los bienes culturales.

Esta formulación de políticas culturales no asigna al Estado un rol dirigista, sino que busca la promoción de nuevos modos de concertación entre éste y la sociedad, dirigidos hacia la creación y fortalecimiento democrático de una esfera pública, en cuyo eje central estaría

«la construcción del sentido, la generación de símbolos culturales y la proyección de una concepción del desarrollo histórico que suscite amplia participación e identificación»⁶⁷.

Todo esto en el marco de unos arreglos institucionales básicos que permitan la expresión y negociación —no violenta— de los intereses sustantivos de los individuos y grupos que componen la sociedad. Arreglos que, para decirlo en palabras de José Joaquín Brunner⁶⁸,

«no podrán otorgar, facilitar o promover la hegemonía cultural de un grupo [...] sino crear un marco institucional de posibilidades a través del cual los individuos y los diversos grupos, tradiciones, etc., puedan materializar sus intereses culturales [...] con una mínima seguridad de que ese arreglo institucional garantizará que, dada la distribución de recursos, ninguno será eliminado o tendrá una expresión completamente inadecuada a su presencia en la sociedad».

Para finalizar, es preciso comprender que en las actuales circunstancias que vive un país como Colombia, la *Comunicación para el desarrollo* compromete aspectos como la paz, la educación, la salud, la vivienda, la alimentación, los ingresos, el medio ambiente, la justicia social, la equidad, la producción; pero también, tiene que ver con la recreación, el ocio, la creación, producción simbólica-cultural y la manera como una sociedad amplía o recorta su tejido social, sus espacios públicos de intercambio, gozo, fiesta y juego. Y estas dimensiones y aspectos constitutivos de la experiencia humana, no se pueden dejar en manos de unos gobiernos y administraciones transitorias, ni mucho menos en las manos exclusivas del mercado y de las industrias culturales en general.

Los problemas de concentración económica y política —cada día más creciente— de los medios de comunicación, el acceso, la

producción simbólica y cultural, los desequilibrios nacionales y regionales en la producción y al acceso a la información y al conocimiento, la estandarización de los contenidos, las discusiones sobre reglamentaciones y políticas públicas de comunicación son cuestiones que competen a todos los ciudadanos y a la sociedad civil en su conjunto. Necesitamos, como sostiene Jesús Martín Barbero⁶⁹:

«una política democrática que busque contrarrestar esa tendencia no como medidas que marginen a la colectividad del contacto con las nuevas tecnologías sino aquella que sostenga y apoye toda actividad y práctica cultural que fortalezca el tejido social, aquella que estimule las formas de encuentro y reconocimiento comunitario, no tanto para «rememorar» los hechos de un pasado funcionalizado políticamente, sino para posibilitar experiencias colectivas que contrarresten la atomización urbana y el repliegue hacia una privacidad narcisista».

Repensar la *Comunicación para el desarrollo*, y esto no es un anacronismo, implica el diseño de políticas públicas democráticas de comunicación a largo plazo; que las universidades y en especial las carreras de comunicación, se pregunten por cuál es, por encima de los intereses del saber o los intereses del mercado, el proyecto societal al que le están apostando en estos momentos de crisis, a quiénes está formando la universidad, qué conocimiento en comunicación es el que están produciendo y al servicio de qué país están los profesionales y la ciencia que se producen en sus recintos. Las industrias culturales, en especial los medios masivos de comunicación, tendrían que preguntarse por su función social: ¿Será que en la historia actual del país han sido los guardianes de la libertad y los defensores de la verdad? ¿Cómo es que los medios de comunicación están ayudando a los hombres y mujeres colombianos a circular por el mundo? ¿Cómo están contribuyendo con la educación y el desarrollo del país?; y por último, ¿cómo es que el Estado va a promover la posibilidad de que los colombianos se conviertan en sujetos-productores o coproductores de comunicación, y no en meros receptores de información, de campañas y programas asistencialistas, lo que implica romper la centralización, fortalecer la autogestión y la iniciativa local y regional?

Ante la creciente globalización de la economía, las alianzas estratégicas de las industrias culturales, el oligopolio de los medios, la apertura y privatización de las empresas del sector, la violencia generalizada por la que atraviesa nuestra sociedad, la

⁶⁷ WHITE, Robert. Op. Cit. p. 54.

⁶⁸ BRUNNER, José Joaquín. *Un espejo trizado*. Op. Cit. p. 375.

⁶⁹ MARTÍN BARBERO, Jesús. *Identidad, comunicación y modernidad en América Latina*. En *Contratexto*, No. 4. Lima: Universidad de Lima, 1984. pp. 31-56

violación sistemática de los derechos humanos, la creciente corrupción, es necesario que los colombianos comprendamos que la comunicación tiene una dimensión política, en el sentido de que Hannah Arendt da a este concepto: espacio de relación entre hombres mediados por la acción y el discurso.

«La política —dice Arendt— en el sentido estricto, no tiene tanto que ver con los hombres como con *el mundo que surge entre ellos...* sólo puede haber hombres, en el sentido auténtico del término, donde hay mundo y sólo hay mundo, en el sentido auténtico del término, donde la pluralidad del género humano es algo más que la multiplicación de ejemplares de una especie»⁷⁰.

Ese espacio entre los seres humanos, es el espacio que hay que crear, en la actual sociedad colombiana, y ahí la *Comunicación para el desarrollo*, en el sentido que mencionábamos en líneas anteriores, se enfrenta a un enorme desafío.

Por esto creemos que una de las primeras tareas consiste en entender que la *Comunicación para desarrollo* comprende las acciones y estrategias de comunicación en los diversos planes y proyectos como ciencia y tecnología, salud, educación, medio ambiente, procesos de paz y gestión cultural entre otros. Pero, además, nos enfrentamos a necesidad de promover, facilitar y animar el fortalecimiento de la capacidad expresiva, comunicativa y lúdica de sus habitantes, los lazos, los intercambios, las redes sociales cotidianas y los lazos entre las organizaciones y los movimientos sociales, que son la base para el fortalecimiento de la esfera pública y del tejido social en su conjunto. Esto implica, además, traducir a la realidad derechos consagrados de la Constitución Política Nacional, tales como el derecho a la información y expresión pública, la libertad de prensa, el pluralismo y la independencia de los medios masivos de comunicación.

⁷⁰ ARENDT, Hannah. *¿Qué es la política?* Barcelona: Ediciones Paidós, 1997. p. 118.

Bibliografía

- ALFARO, Rosa María. *Una Comunicación para otro desarrollo*. Lima: Calandria, 1993.
- AHUMADA, Consuelo. *El modelo neoliberal y su impacto en la sociedad colombiana*. Bogotá: Ancora editores, 1996.
- ARENDT, Hannah. *¿Qué es la política?* Barcelona: Paidós, 1997.
- BELTRÁN, Luis Ramiro. *Políticas Nacionales de Comunicación: los primeros pasos*. En *Nueva Sociedad*, No. 25. Caracas, julio-agosto, 1976.
- BELTRÁN, Luis Ramiro. *Premisas, objetos y métodos foráneos en la investigación sobre comunicación en América Latina*. En DE MORAGAS, Miquel (Ed.). *Sociología de la comunicación de masas*. Barcelona: Gustavo Gili, 1985.
- BRUNNER, José Joaquín. *Un Espejo trizado. Ensayos sobre cultura y políticas culturales*. Santiago de Chile: Flasco, 1988.
- CALETTI, Rubén Sergio. *Comunicación, cambio social y democracia: ocho años después*. En: ESTEINOU, Javier (Ed.). *Comunicación y Democracia*. México: Coneicc, 1992.
- CALETTI, Rubén Sergio. *Reflexiones sobre teoría y cambio social*. En *Comunicación y Cultura*. No. 10. México, agosto, 1983.
- CARDOSO, Fernando y FALETTI, Enzo. *Dependencia y desarrollo en América Latina*. México: Siglo XXI, 1969.
- CATALÁN, Carlos y SUNKEL, Guillermo. *La tematización de las comunicaciones en América Latina*. En *Comunicación*, No. 74. Caracas, cuarto trimestre, 1991.
- FOX, Elizabeth (Ed.). *Comunicación y democracia en América Latina*. Lima: Desco, 1982.
- GARCÍA, Antonio. *¿Comunicación para la dependencia o para el desarrollo?* Quito: Ciespal, 1980.
- GARCÍA CANCLINI, Néstor (Ed.). *Políticas culturales en América Latina*. México: Grijalbo, 1987.
- GARCÍA CANCLINI, Néstor. *Consumidores y Ciudadanos*. México: Grijalbo, 1995.
- LAZARSFELD, P. y KATZ, E. *La influencia personal*. Barcelona: Hispano-europea, 1979.
- LERNER, Daniel. *The passing of traditional society*. New York: Free Press, 1958.
- MacBRIDE, Sean (Ed.). *Un solo mundo, voces múltiples. Comunicación e información en nuestro tiempo*. México: Unesco-F.C.E., 1980.
- MARTÍN BARBERO, Jesús. *De los Medios a las Mediaciones*. México: Gustavo Gili, 1987.
- MARTÍN BARBERO, Jesús. *La telenovela en Colombia: televisión, melodrama y vida cotidiana*. En: *Diálogos de la Comunicación*, No. 17. Lima, junio, 1987.
- MARTÍN BARBERO, Jesús. *Pre-textos. Conversaciones sobre la comunicación y sus contextos*. Cali: Universidad del Valle, 1995.
- MATTELART, Armand. *¿Hacia dónde va el control de la natalidad?* Santiago de Chile: Editorial Universitaria, 1967.
- MATTELART, Armand. *La comunicación-mundo. Historia de las ideas y de las estrategias*. Madrid: Fundesco, 1993.
- MURDOCK, Graham. *Las comunicaciones y la constitución de la modernidad*. En *Revista de Occidente*, No. 170-171. Madrid,

- julio-agosto, 1995.
- MURGA, Antonio y BOLIS, Guillermo (Comp.). **América Latina: dependencia y subdesarrollo**. San José: Educa, 1975.
- ORTÍZ, Renato. *Culturas populares y nacionales frente a la realidad globalizada*. En **Los medios, nuevas plazas para la democracia**. Lima: Calandria, 1995.
- OSSANDÓN, Fernando. *Comunicación y desarrollo local*. En **Persona y sociedad**, Vol. XI, No. 1. Santiago de Chile, abril, 1997.
- REYES MATTA, Fernando (Ed.). **Comunicación alternativa y búsquedas democráticas**. México: Ilet, 1983.
- RODRÍGUEZ, Octavio. **La teoría del subdesarrollo de la Cepal**. México: Siglo XXI, 1980.
- ROGERS, E. y SHOEMAKER, F. **La Comunicación de innovaciones. Un enfoque transcultural**. México/Buenos Aires: Centro regional de Ayuda Técnica, 1978.
- SCHENKEL, Peter (ed.). **Políticas Nacionales de Comunicación**. Quito: Editorial Época, 1981.
- SCHMUCLER, Héctor. *De la revolución verde a la revolución informática*. En **La prensa: del autoritarismo a la libertad**. Santiago de Chile: Ilet, 1989.
- WHITE, Robert. *La teoría de la comunicación en América Latina*. En **Revista Telos**, No. 19. Madrid, 1989.
- WHITE, Robert. *Análisis cultural en la comunicación para el desarrollo*. En **Diálogos de la Comunicación**, No. 34. Lima, septiembre de 1992.